

CAPÍTULO 1

12_

NUEVO POST: UNO U OTRO

1 DE OCTUBRE, 6:55 AM

Lo primero que querrás saber acerca de mí es si soy un chico o una chica.

DEJO DE TECLEAR Y MIRO FIJAMENTE EL CURSOR, QUE PARPADEA INCESANTEMENTE, como si se burlara de mi incapacidad de escribir un tonto post.

–¡Riley! –es mi mamá, que me llama desde abajo con voz cantarina–. ¡Si quieres llegar temprano, tienes que venir ya a desayunar!

Le echo una ojeada al reloj. No es *tan* tarde, pero quiero hacerme una idea del lugar mientras la escuela esté vacía.

–¡Voy enseguida! –le digo. Hago click en “Eliminar”, cierro la tapa de la laptop y la deslizo debajo de mi cama.

Por lo menos, puedo decirle a la doctora Ann que hice el intento.

Me paro frente al espejo para examinarme. No sé si este look me ayudará a encajar en mi nueva escuela, pero desde luego que rezuma una vibra punk existencial, del tipo “Me importa mucho

que no me importe”, que se siente muy como *yo*. Como toque final, me aplasto el flequillo para que me cubra el rostro lo más posible. Con eso bastará.

Abajo, mi madre me recibe con una gran sonrisa.

–¡El primer día! –exclama.

Me obligo a devolverle la sonrisa. Tomo la caja de cereal de la alacena y me siento a la mesa, del otro lado de mi papá.

–¿Te preparaste bien para conquistar la Preparatoria Park Hills? –pregunta, pero cuando levanta la vista de su tablet y ve mi atuendo, se le borra la sonrisa.

Traigo unos jeans y la vieja camiseta de los Ramones de mi papá, que arreglé para que quedara más chica, como de mi talla. Para redondear el conjunto, unos botines negros de Doc Martens (de cuero sintético; no lastimaron ninguna vaca para hacerme los zapatos). Me alegra ya no tener que usar uniforme. Recuerdo lo sofocante que era tener que confinarse en la misma identidad día tras día, sin importar cómo me sintiera por dentro.

Aunque, de todos modos, lo cierto es que sigue sin importar cómo me sienta, porque vaya como vaya el día de hoy, la gente (incluyendo a mis padres) espera ver a la misma persona mañana.

Por eso, mi única opción es ser neutral.

–¿Es mi camiseta de los Ramones? –pregunta papá.

–*Fue* tu camiseta, en otro tiempo –respondo.

Se aclara la garganta:

–Riley, ¿de verdad quieres mostrarte así el primer día de clases?

Abro la boca y enseguida la cierro, sin decir nada.

Mi papá gesticula con su cucharita de la fruta.

–Solo tienes una oportunidad de dar una buena primera impresión.

Quisiera gritarle: “¡Como si no lo supiera!”. En cambio, le digo:

–Creo que tomé mis precauciones. Quiero ver cómo se visten en una escuela pública. No quiero exagerar y terminar con aspecto de imbécil.

Papá lo medita un momento y luego mueve la cabeza en un gesto de aprobación. Me escapé de la Inquisición al apelar a sus ideas sobre estrategia.

Por ahora.

Diez minutos más tarde, nos apiñamos los tres en la minivan de mamá. Estuve de acuerdo en que ambos me llevaran el primer día, pero con la condición de que *no* fuéramos en el Lincoln negro. No quiero que nadie vea las placas oficiales de mi papá y que establezca la relación entre Riley Cavanaugh y el *congresista* Cavanaugh. Quizá es un poco de paranoia, pero esa notoriedad es lo último que necesito además de... bueno, además de todo lo demás.

Cruzamos las puertas de nuestra comunidad y avanzamos por la Avenida Imperial. Conforme nos acercamos a la escuela, siento más y más mariposas en el estómago. No sé qué esperar. En el Colegio del Inmaculado Corazón era imposible que alguien como yo pasara de incógnito; era una escuela demasiado pequeña y demasiado conservadora. Quizá aquí la gente sea de mentalidad más abierta o, por lo menos, tal vez pueda confundirme entre todos.

Finalmente, llegamos a la cima de Lions Ridge y aparece ante nuestra vista la Preparatoria Park Hills. Es una masa desagradable de concreto con forma de “U” y está rodeada por rejas de hierro forjado con diez años de costras de pintura verde acumuladas.

–Oigan –les digo–, pueden detenerse aquí y dejarme.

–Es una caminata empinada, cariño –responde mamá–. Te dejaremos en la puerta.

–Mamá, ya te pedí que no me digas “cariño”.

–Es cierto. Perdóname.

–Por favor, oigan: quiero llegar caminando.

–¿Quieres decir que vas a hacer una entrada triunfal? –pregunta papá con una sonrisa en la comisura de los labios.

Lo miro parpadeando. Me entiende tan poco, que si lo hiciera adrede no lo haría tan mal. Pero si quiere creer eso y me ahorra una escena con mi llegada, fingiré.

–Sip –respondo–. Eso creo.

En el espejo retrovisor, mamá me observa con los ojos entrecerrados y me da la sensación de que notó mi mentira. Empieza a decir algo, luego cambia de opinión y aprieta los labios. Papá se orilla a la acera y voltea hacia mí.

–Tienes inteligencia y talento, Riley –me dice–. Muéstrate y serás una ventaja para esta escuela.

Pero yo no quiero ser una ventaja. Quiero ser invisible.

Al despedirse, mamá hace un gesto irónico de princesa y papá se pone cuernos de diablo con los dedos. Pongo los ojos en blanco y aguardo con impaciencia a que el auto doble por la esquina. Entonces, giro en redondo para orientarme.

Estoy a unos cincuenta metros de la entrada de la escuela y comienzan a formarse grupitos de alumnos. Dejo escapar un suspiro largo y lento, y comienzo a caminar hacia las puertas.

Una camioneta verde se detiene en la rotonda y baja una chica rubia en minifalda. Se encamina hacia su grupo de amigas. Al cruzar junto a un círculo de muchachos que se pasan una pelota de básquet, uno le silba como lobo y ella le hace un gesto obsceno.

Es mi turno de cruzar. El corazón se me acelera conforme me acerco. Mantengo la cabeza gacha e intento mimetizarme con el

suelo de concreto. Para mi alivio, nadie me dice nada. Esquivé la primera bala.

Estoy a unos cuantos metros de los portones verdes. Todo lo que debo hacer es pasar a las chicas y estaré en el patio, donde puedo desaparecer entre la multitud.

Pero al acercarme, dos de las muchachas levantan la cabeza y se dan cuenta de mi presencia. Aparto la vista, pero siento que me observan, me examinan y me clasifican. Ya he pasado por esto y no debería molestarme, pero hoy me molesta. Se me pone la piel de gallina. Me abrazo y acelero.

16_ –¡Dios mío! –exclama una de las chicas y volteo sin querer hacia ella. Tiene cabello castaño y largo y una nariz pequeña y perfecta-. ¡Qué rayos! ¡Miren eso! –baja la voz hasta convertirla en apenas un susurro, pero de todos modos alcanzo a oírla-: ¿Es hombre o mujer?

Las otras del grupo comienzan a reír. Me sonrojo. Avanzo más de prisa para escapar de los murmullos.

–No –dice otra-. Tiene que ser...

–Sí, pero mira lo que eso trae puesto.

Eso. Me llamó *eso*.

